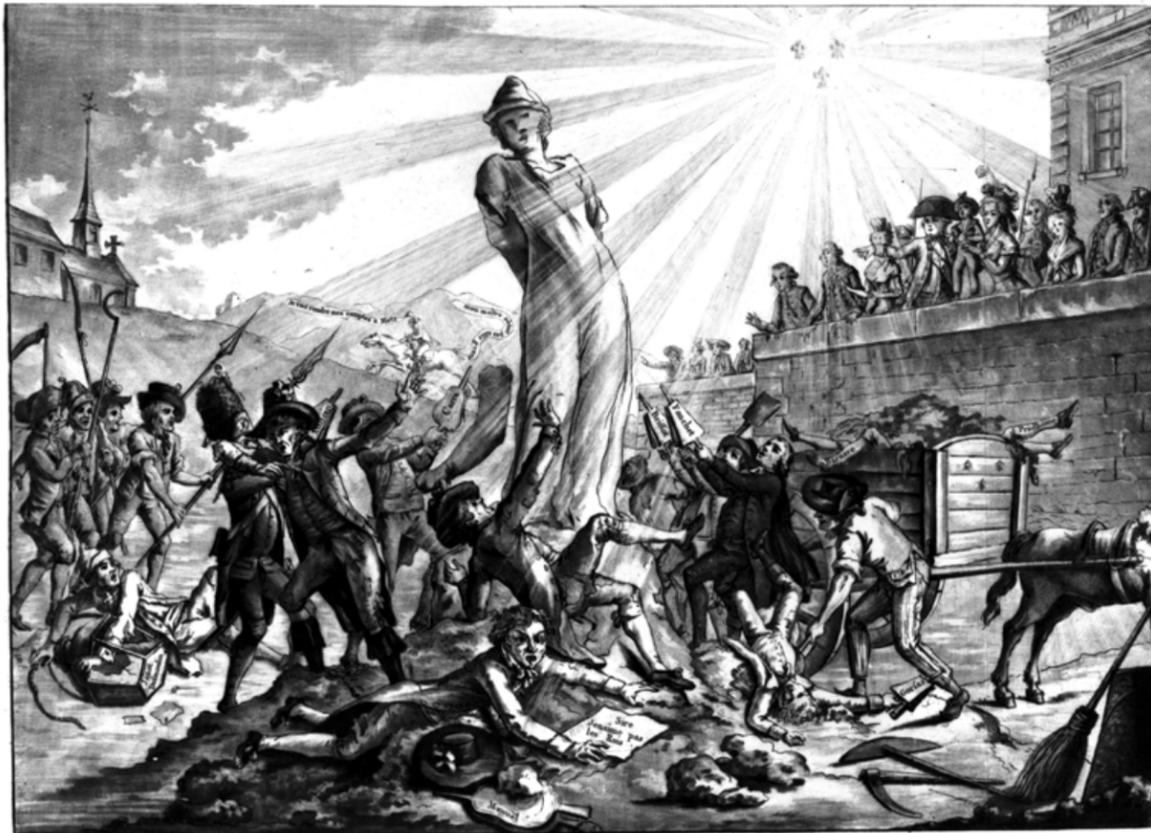


*“Claro sin ser pedestre y preciso sin ser pedante”: así atina a apostrofar a Darnton —justo con esas mismas virtudes— Patricio Tapia, quien tuvo la oportunidad de conversar con él. El resultado es este concentrado que expone con gran concisión las ideas centrales del bibliólogo y compendia sus intereses y apetitos intelectuales. Libros, censura, apertura; bibliotecas, claroscuros de la comunicación, acceso abierto: todo está contenido en esta docena de respuestas*



## Robert Darnton: de revoluciones y comunicaciones

PATRICIO TAPIA

**E**n una celda en La Bastilla, contigua a la del Marqués de Sade, Anne Gédéon Lafitte, marqués de Pelleport, escribía una novela política libertina, *Los bohemios*. Buscando en archivos el historiador Robert Darnton la encontró hace unos años y rescató esa obra casi desconocida de 1790. Pelleport fue también autor de otro volumen oprobioso, *El diablo en el agua bendita* (1783), el que da título al libro de Darnton sobre el mundo oscuro de la difamación literaria —destinada a destruir reputaciones de poderosos y a deslegitimar regímenes— en la Francia del siglo XVIII. Pelleport es uno de sus protagonistas, junto a otras figuras no menos maledicentes como Pierre Manuel o Charles Théveneau de Morande, quien dijo tener una obra sobre Madame du Barry, la principal amante de Luis XV, “memorias secretas de una mujer pública”, aludiendo a su pasado como cortesana. Uno de los últimos libros de Darnton, *Poesía y policía*, trata sobre la mayor operación policiaca que él ha encontrado en su trabajo en archivos: el intento de seguir el rastro de un poema satírico contra la corte de Luis XV, sus ministros y su amante, en el París de 1749, que fue memorizado, cantado y cambiado. El incidente fue conocido como el “caso de los Catorce” (fueron arrestados 14 supuestos cómplices). Darnton es, después de todo, uno de los historiadores más importantes sobre dos campos distintos: la historiografía de la Ilustración en Francia y los orígenes de la Revolución Francesa; o su labor pionera en la historia de los libros y la lectura, con *El negocio de la Ilustración* —su historia editorial de la *Enciclopedia*— o la recepción de la lectura de Rousseau (en *La gran manzanita de gatos*).

Pero Darnton es también, desde 2007, director de la red de bibliotecas de Harvard y por ello le tocó participar en el proyecto Google Book Search, al que considera una buena idea, si bien fallida, y luego ha sido uno de los gestores de la Biblioteca Pública Digital de Estados Unidos (DPLA, según su sigla en inglés), quizá el mayor proyecto histórico digital del mundo en la actualidad.

Tal como en sus libros, Darnton hablando es claro sin ser pedestre y preciso sin ser pedante.

*¿Cree que la comunicación ha llegado a ser la actividad más importante de la vida moderna?*

La gente suele decir que vivimos en la sociedad de la información, como si no hubiera existido información en otras sociedades. En cuanto historiador me ha fascinado su historia. Cómo funciona, a través de qué medios. En el caso de los libros: cómo ellos penetran al interior de las sociedades, cómo los leemos y cómo esa lectura tiene influencia en la opinión pública y en la acción política. Y eso es muy difícil porque no tenemos una clara cadena de causalidad. Se da en un complejo mundo de significados y la historia de la información deviene en cierta forma antropológica: cómo se construye un sentido y cómo los medios, de hecho, dan sentido a la vida de las personas. Eso suena muy gris y abstracto, pero en mi propia investigación histórica me he ocupado de casos muy específicos.

*En Poesía y policía, por ejemplo, se ocupa de un caso muy curioso...*

En *Poesía y policía* resulta que la comunicación se producía a menudo cantando. Descubrí cientos y cientos de manuscritos con nuevos versos en viejas melodías. Todo el mundo tenía en su cabeza ciertas melodías sobre las cuales era fácil improvisar palabras sobre los reyes y sus amantes, sobre los cambios de

ministros o sobre las relaciones exteriores. Eran como los periódicos actuales, pero en la Francia del siglo XVIII. Imagino que París estaba llena de canciones sobre cuestiones de actualidad de entonces, como hoy en día estamos inmersos en un conjunto de medios, como twitter, blogs, streaming y otros.

*Más allá de los peligros de la comparación, según su libro El diablo en el agua bendita el mundo de la difamación en el Antiguo Régimen se parecía bastante a la blogósfera actual...*

Sí, es cierto. También di una conferencia sobre los blogs en la actualidad y las anécdotas en el siglo XVIII. Tengo una colección de anécdotas escandalosas de los blogs actuales que se parecen mucho a lo que en el siglo XVIII se llamó “anécdotas”. La palabra misma, *anécdota*, tenía un sentido distinto. Hoy se dice de algo probablemente verdadero, pero secundario; en el siglo XVIII, el sentido era, literalmente, “historia secreta”, que derivaba de un historiador del siglo VII, Procopio. Y era sorprendente la propagación de una anécdota en toda la literatura del siglo XVIII: podía tomarse una de un libro y ser puesta en otro y ser arreglada. De esta forma, los libros eran mosaicos de anécdotas. No todos los libros, claro, pero los *best sellers*, que he descubierto e investigado —la vida privada de Luis XV o anécdotas secretas de Madame Du Barry— eran leídos por la gente y circulaban enormemente, en otros libros o a través de chismes, lo que es normal en cierta clase de vida. ¿Qué pasa con los blogs hoy en día? Bueno, hay gente que tiene blogs con fines comerciales y se dedica a buscar en la internet información escandalosa y se les paga (entiendo que, por lo general, 12 dólares por cada entrada en el blog). Y así tenemos gente que está en busca de información, que normalmente es salaz: sobre sexo, sobre desenfreno, sobre la vida de la

“gente linda”. Esto era así también en el siglo XVIII. Quizá no nos damos cuenta de eso, porque se piensa que la historia “seria” sólo se ocupa de reyes, ministros, generales..., pero la historia que se ocupa de la comunicación como una experiencia cotidiana de la gente común es un asunto extraordinario y allí puede encontrar una fascinación similar con la “gente linda” —los ricos, los poderosos, los de buena cuna—; allí, los pequeños pueden hacer mofa de los grandes, en francés se decía, *le petit contre le Grand*.

*¿Podría considerarse el “caso de los Catorce” como una versión oral de las correos electrónicos en cadena?*

Es precisamente lo que es. Y lo que encuentro más asombroso es que se puede reconstruir el verdadero patrón de difusión de forma muy precisa, afortunadamente, porque la policía fue tan efectiva. De manera que estoy muy agradecido a la policía del siglo XVIII por hacer esta investigación sobre la comunicación para mí.

*Las bibliotecas, ¿tienen algo que ver con la comunicación?*

De cierta forma las bibliotecas son un centro neurálgico de la comunicación. La Biblioteca universitaria de Harvard, por ejemplo, tiene un posición central respecto de la universidad entera. Toda la información fluye desde la biblioteca, incluso la que surge de laboratorios científicos. Creo, por lo tanto, que las bibliotecas tienen una creciente importancia en la era electrónica y mis investigaciones sobre Francia en el siglo XVIII también apuntan a la importancia de las bibliotecas.

*¿Es usted el conductor detrás de la DPLA o se trata de una calumnia?*

No, no es una calumnia. Comenzó cuando invité a un grupo de jefes de fundaciones, jefes de bibliotecas y algunos estudiosos para discutir sobre la posibilidad de crear una Biblioteca Nacional Digital. Tuvimos un encuentro en Harvard, en octubre de 2010 y ése fue el comienzo de la DPLA. Fui parte del ímpetu de crearla, pero hay otra gente también. Es algo mucho más grande y más importante que Robert Darnton. La DPLA es una institución enorme, que ahora existe, que espero crezca por muchas generaciones y que llegará a todas las personas, no sólo en los Estados Unidos, sino en todo el mundo. De manera que sí, fui uno de los “originadores” de la DPLA y tengo una especie de orgullo paternal por ella, pero es un esfuerzo colectivo y en la actualidad es una empresa independiente sin fines de lucro, tiene su junta directiva (formo parte de ella), su propia sede (en Boston), un equipo y relaciones crecientes con las bibliotecas de investigación en Estados Unidos. Hemos creado lo que llamamos “ejes” en 42 estados y esperamos que éstos crezcan en mayores comunidades de comunicación.

*Aunque no como Borges la imaginó, ¿podría ser la DPLA una especie de biblioteca de Babel?*

Se podría decir que sí, porque está abierta a todo. No hay una dirección desde “arriba”, la información viene desde “abajo” y todo el mundo puede participar. Hemos diseñado nuestra infraestructura de tal forma que la gente pueda crear sus propias herramientas. La página de la internet es muy amigable con el usuario y es fácil para él crear sus propios códigos y desarrollar sus propias colecciones y vincularlas a la DPLA. Ya está sucediendo. Hay gente en todo Estados Unidos que están “construyendo” sus propias mini-bibliotecas y ellas son integradas en la red del sistema nacional de la DPLA. Es un ejemplo de organización; es virtual porque todos están conectados de manera electrónica, y es completamente distinta de, digamos, la Biblioteca del Congreso: no hay un inmenso edificio con un gran domo encima y una gigantesca base de datos. Es una red con toda clase de mensajes fluyendo todo el tiempo. Siento que es un gran acontecimiento, porque la riqueza intelectual de las bibliotecas está encerrada en sus murallas, pero ahora, podemos atravesar esas murallas, haciendo que la gente común tenga acceso a esta herencia cultural que normalmente estaba cerrada. En Harvard, que es la biblioteca universitaria más grande del mundo, las únicas personas que podían entrar a ese caudal de información eran los profesores o estudiantes de Harvard o algunos investigadores de afuera. Estaba limitado a una cierta élite muy pequeña. Ahora podemos abrir la biblioteca para todos. Es nuestra responsabilidad, es un deber, porque esta biblioteca es muy antigua, de 1638, es la más antigua de Estados Unidos y la más

grande —después de la Biblioteca del Congreso—. En ella, generación tras generación se ha invertido mucho dinero y talento en desarrollarla. Esto quizá suena muy elevado, pero hay que considerar seriamente la DPLA como una misión.

*¿Se puede pensar el conocimiento como un bien público?*

No sé si tengo una buena respuesta. A menudo cito a Thomas Jefferson —cuando el ciudadano estadounidense quiere encontrar soporte intelectual en lo que dice, cita a Jefferson—. Él dijo: el conocimiento es la propiedad común de toda la humanidad. En otras palabras, las ideas no deberían pertenecer a nadie y deberían ser accesibles a todos. Es verdad que tenemos la propiedad intelectual, pero es sobre la expresión de las ideas, no sobre las ideas mismas. Yo creo que todo el mundo debe ser capaz de saber cuáles son esas ideas. En la bibliotecas —que contienen libros, videos, música, información de todo tipo—, en esta noción de las bibliotecas, como una fuente de recursos, ellos deberían estar disponibles para todos. Es fácil decir esto, pero ¿cómo hacer que funcione así? Bien, es lo que la DPLA está haciendo. Y esto no sólo implica visiones utópicas e idealistas de democratizar el acceso a la información, sino que también cuestiones pragmáticas de organización: tener dinero, tecnología, arreglos administrativos, lo hace posible. Creo que esta combinación de utopismo y pragmatismo funciona. Pero no es fácil.

*¿Cuál es, en su opinión, el estado del debate sobre el “acceso abierto”?*

Pienso que el movimiento sobre el “acceso abierto” está alcanzando un punto de inflexión, con lo que quiero decir que actualmente más y más revistas especializadas y científicas están yendo hacia el acceso abierto. Es cierto que algunas de las revistas más famosas (especialmente en temas como la biología molecular) son de acceso cerrado, es decir, se venden. Tienen tanta influencia y prestigio que no están amenazadas y continuarán. Pero son muy pocas revistas, mientras que la mayor parte de ellas pueden prosperar en la llamada “vía dorada” de acceso abierto —hay también una “vía verde”, que es el autoarchivo en un repositorio—. Esto significa que se requiere conseguir los fondos de la revista como un fin de producción y no como un fin de consumo. En vez de revistas por suscripción, que han llegado a ser extravagantemente caras, tenemos autores que con becas de investigación o la ayuda de las universidades pagan para que sus artículos sean publicados. Puede parecer una locura, pero es muy práctico y factible. Lo que se hace es una estimación seria de los costos de edición, diseño, comprobación de referencias, proceso de arbitraje, es decir, el trabajo editorial, además de una ganancia honesta —insisto en lo de honesta—. Si el valor es mucho mayor que esto, hay una ganancia sólo comercial. Si las bibliotecas y las universidades cubren los costos de las revistas, reducen el gran gasto en revistas. En Harvard se gastan 9 millones de dólares al año en revistas. Yo creo que eso es demasiado, y podemos, al subsidiar la producción, reducir ese gasto, y todo el mundo gana.

*En El diablo en el agua bendita, ¿diría que postula un argumento adicional a la idea de que la “baja” literatura tuvo un impacto mayor que la “alta” en la Revolución Francesa?*

No exactamente. Es una clase diferente de impacto. Siempre se estudia a Rousseau, Voltaire, Montesquieu, Diderot. Yo he hecho una investigación sistemática en los papeles de los libreros y editores, como resultado de la cual obtuve una especie de lista de los libros más vendidos, que aparece en mi libro *Los best sellers prohibidos en Francia antes de la Revolución*, de manera que podía probar que muchos de los libros escandalosos se vendieron copiosamente. Pero, al mismo tiempo, encontré que se vendía mucho a Voltaire y Rousseau. No es “o esto o lo otro”. De hecho, pienso que la literatura escandalosa reforzó a la de cierta filosofía. Tomemos a Montesquieu. Él sostiene que hay tres tipos de gobierno: monarquías, repúblicas (que podían ser aristocráticas o democráticas) y despotismos. Esto es completamente distinto a todas las teorías previas a Montesquieu. Aristóteles distinguía el gobierno de uno, de pocos y de todos: monarquía, aristocracia y democracia. Montesquieu rompió con esa tradición y trata de captar el “espíritu de las leyes”, viendo la manera en que el poder del rey es parte de la cultura. El despotismo es central en el análisis de Montesquieu de la manera en que los sis-

temas de poder operaban en los cambios cíclicos de los gobiernos. Ahora bien, el tema principal de la literatura escandalosa es el despotismo, o la decadencia y el despotismo. Yo creo que esa literatura tan difundida y vendida entrega una imagen del gobierno francés como despótico, aunque no lo era. Los historiadores pueden demostrar cómo, en muchas formas, especialmente bajo Luis XVI, fue un gobierno progresista, había un movimiento de reformas (con ministros como Turgot). De esta manera, tenemos en una amplia literatura un concepto de decadencia y despotismo que está completamente en contra de la reconstrucción histórica de la política. Y esta diferencia entre la percepción de los eventos y los eventos es crucial para la comprensión de la historia. El tipo de historia que hago es sobre la percepción y la comunicación. No sólo sobre lo que ocurrió.

*¿Es el viejo gesto de buscar en fichas y en libros —que hace sentirse en compañía de siglos de conocimiento humanístico— una reliquia?*

Acabo de terminar otro libro. Es sobre la censura. Me tomó quince años de investigación. Cuando hacía las pesquisas, escribía en fichas y ponía las fichas en cajas de zapatos. Releyendo las fichas y escribiendo los capítulos, sentí que yo era un dinosaurio. Pero las fichas, en realidad, son muy efectivas. Hay un peligro para los jóvenes estudiosos, quienes van a los archivos, y sólo obtienen copias, porque no los leen. Si se escriben fichas se resumen los documentos y se copian algunas frases claves. Pienso que eso permite estar inmerso en el material de archivo. Ahora bien, no es que esté obsesionado con las fichas y las cajas de zapatos, no, pero creo que hay una sensación de estar absorbiendo los documentos mediante el contacto con los archivos, al sentir el papel, en la apreciación de lo escrito a mano a menudo por gente de las capas más bajas de la sociedad que no saben escribir correctamente las palabras. Eso lo encuentro muy emocionante: captamos su lucha por poner las ideas en palabras sobre el papel. Esa lucha es parte de la historia. De manera que la investigación en archivos a la antigua usanza todavía es indispensable. Bien, tal vez soy un dinosaurio y seguiré trabajando de esa manera. Lo que no implica que no se puedan utilizar las tecnologías actuales.

*Como historiador, viendo grandes periodos de tiempo (grandes en comparación con los que la mayoría de las personas considera). ¿Cuál es la importancia de la internet?*

A veces se puede hacer un recuento de periodos de tiempo muy grandes. Así lo hice en *Las razones del libro*. 4500 años a.C. tenemos la invención de la escritura; 2000 años a.C. tenemos el alfabeto; los primeros siglos d.C. tenemos el *codex*, el libro que se lee girando las páginas unidas de un lado; luego la invención de los tipos móviles. Ése es un tramo muy largo. Pero luego, en 1977, tenemos la internet, en 1990 la *web*; luego las redes sociales. Esos cambios, que cada vez son más rápidos, tocan la vida de casi todo el mundo. Creo que la internet, vista desde la perspectiva de largo plazo de la historia de la comunicación, representa la culminación de un proceso de acelerado cambio en las tecnologías comunicativas, haciendo a la comunicación más extendida, más rápida y, al mismo tiempo, creadora de comunidades, comunidades virtuales. No es algo totalmente diferente de la historia de los libros, hay similitudes, pero hay diferencias en las habilidades, en la velocidad y en la medida en que la gente común es alcanzada por estas tecnologías. De manera que pienso que la internet es un cambio verdaderamente revolucionario en la experiencia cotidiana de la gente común. Y uso la expresión “revolucionario” de manera muy cauta, porque es usada en exceso a menudo —se habla de una revolución en la moda masculina, o una revolución en el estilo de defensa en el fútbol americano, todo el tiempo se habla de revoluciones—. Yo procuro limitar mi propio uso de la palabra revolución a aquello que transforma la vida de la gente. Y eso es lo que está haciendo la internet. No es una revolución política, aunque, por cierto, tiene implicaciones políticas. ◀

*Patricio Tapia estudió derecho, pero luego se desvió hacia el llamado “periodismo cultural”. Ha escrito o traducido para varias publicaciones. Trabajó más de una década en el cuerpo “Artes y Letras” del diario chileno El Mercurio, en el que apareció parte de la entrevista que aquí presentamos*